

ALGUNAS CUESTIONES SOBRE EL ORIGEN ORIENTAL DE LA FÍBULA DE CODO TIPO HUELVA

Javier Carrasco Rus y Juan A. Pachón Romero*

RESUMEN

A partir de un análisis tipológico y cronológico de las fíbulas de codo tipo Huelva, se estudian algunos ejemplares que tradicionalmente se han considerado, en orden a sus orígenes, como sus inmediatos prototipos orientales. Comprobándose lo inadecuado de esta consideración en el registro arqueológico actual y apreciándose que la fíbula de codo tipo Huelva es un producto local antiguo y genuino de la Península Ibérica, sin aparentes débitos exógenos.

PALABRAS CLAVE: fíbulas de codo tipo Huelva, Bronce Final, aleaciones binarias, bronce arsenicados, Ría de Huelva, taller metalúrgico, comercio, Chipre, Levante, prestigio y precolonización.

ABSTRACT

Several examples of elbow fibulae traditionally considered as them immediate oriental prototypes will be analysed from a typological and chronological analysis of type Huelva's fibulae. In order to test the inadequate consideration in the current archaeological record and taking into account the type Huelva's fibulae is a local, genuine and ancient product of Iberian Peninsula, without any exogenous origins.

KEY WORDS: Elbow fibulae of type Huelva, Late Bronze Age, Binarys alooys, Arsenics bronzes, Stuary of Huelva, metallurgist worksop,trade, Cyprus, Levant, prestige and precolonization.

1. INTRODUCCIÓN

El conocimiento de la fíbula de codo tipo Huelva representó un auténtico revulsivo en los parámetros de la investigación prehistórica peninsular, a partir de su descubrimiento masivo en el célebre depósito de la Ría de Huelva. Con él se evidenció la importante trascendencia que la metalurgia significó en el suroeste peninsular y hacía entrever las relaciones que Iberia había tenido con otras culturas y regiones atlánticas y mediterráneas en los inicios del primer milenio a.C.

Esas connotaciones, respecto del Mediterráneo, derivaban de los iniciales acercamientos realizados por M. Almagro Basch (Almagro, 1940a, 1940b, 1957, 1957-58, 1958, 1966 y 1975) que relacionaba las fíbulas de este depósito con las del mundo chipriota, en atención a las similitudes que él mismo planteaba entre



esos ejemplares y los representados en las estelas decoradas extremeñas del Bronce Final. Estelas donde claramente se venían observando fíbulas de codo asimétrico, identificables posiblemente con ciertos modelos italianos, aunque nada le impidió paralelizar mejor los hallazgos peninsulares con Chipre y Próximo Oriente, atendiendo exclusivamente a la decoración que presentaban sus puentes moldurados. Así, la interpretación del conjunto de Huelva, como integrante de las fíbulas de puente disimétrico, aunque sirviera para empezar a hablar del tipo *Huelva*, marcó la trayectoria interpretativa de estos objetos, haciéndolos subsidiarios de los orientales y encorsetando cronológicamente su desarrollo.

Posteriormente, el progresivo conocimiento en la Península de la arqueología del norte de Europa introdujo un nuevo elemento de juicio para explicar los procesos de la metalurgia del Bronce Final en el mediodía. Nos referimos a la moda interpretativa de la metalurgia atlántica, aún vigente en determinadas escuelas de investigadores que, apoyados en los hallazgos metálicos de la fachada oceánica, hicieron concebir la hipótesis de que las recuperaciones peninsulares de esta época obedecían a la mecánica comercial generada por la búsqueda del estaño occidental. Dinámica económica que provocaría la existencia de una especie de *koiné* cultural que inundaría el mercado ibérico con objetos bronceos propios de talleres septentrionales, tanto importados como fabricados *in situ*, aunque siempre siguiendo los gustos impuestos por dicha metalurgia atlántica (Ruiz-Gálvez, 1984; Coffyn, 1985; etc.)

Tal interpretación no significaba que las fíbulas de Huelva respondiesen a un origen septentrional, sino que dentro de esa propia dinámica económica atlántica, alentada por la imperiosa necesidad de estaño, tenían cabida toda clase de intercambios bronceos en los que los productos mediterráneos no serían ninguna excepción. De este modo se explicaba la aparición de fíbulas de codo en países europeos de más al norte (Cunisset-Carnot *et alii*, 1971; Duval *et alii*, 1974), pero también la existencia de productos atlánticos en las regiones meridionales.

Más recientemente, en un intento de contemporizar con las tendencias autoctonistas, se insinuó que esa interpretación —ya tradicional— no implicaba ninguna afirmación taxativa sobre el origen foráneo de buena parte de los productos metálicos característicos de nuestro Bronce Final. Pero es indudable que esta solución presupone hacer recaer el peso específico de las actividades metalúrgicas de la época sobre la fachada litoral atlántica, explicándola no ya como mera productora de materia prima metalúrgica sin elaborar, sino además como sede de los más importantes talleres artesanos de bronce. El mayor peso específico del oeste demostraría incluso la búsqueda comercial de cualquier tipo de objetos metálicos por todo el *Mare Nostrum*, justificando la presencia de fíbulas de codo mediterráneas

* Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada. Grupo de Investigación PAI HUM-143 de la Consejería de Investigación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía. Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino. jcrus@ugr.es – japr@arrakis.es.

dentro de este contexto cultural y económico, para su posterior reutilización en los talleres metalúrgicos. Sólo los más recientes análisis químicos de las aleaciones de estos bronce permiten comprobar cómo pudieron existir focos productivos peninsulares, al margen de los centros metalúrgicos atlánticos.

Aquella explicación también hacía comprensible una mayor abundancia de productos metálicos en la Península, frente a los supuestos lugares de su origen en el Mediterráneo central y oriental, como era el caso de ciertos modelos de fíbulas de codo; aunque, en realidad, tal propuesta sólo representaba una derivación modernizada de las viejas interpretaciones difusionistas. En este sentido, una de las propuestas más curiosas y efectistas se debió a F. de Amores, quien retomando postulados teóricos anglosajones, para la explicación de determinados depósitos bronceos de las Islas Británicas (Burgess y Coombs, 1977), indicó que el depósito metálico de la Ría de Huelva reflejaba un claro fenómeno *dumping*, similar a lo que ocurre actualmente con las prácticas comerciales capitalistas contemporáneas, en las que —ante un previsible cambio tecnológico— los *stocks* existentes son comercializados rápidamente a precios más competitivos. De este modo, el conjunto de la Ría se convertía en un repertorio metálico extranjero y retardatario, pero de fácil distribución entre unas comunidades indígenas, ajenas a las novedades que ya se empezaban a introducir en otros sitios de la mano de la metalurgia del hierro (Amores, 1985, p. 446).

Fue una solución en la que ni siquiera se contemplaba a la Península como una región más dentro de la *koiné* comercial e industrial del bronce atlántico, sino interpretada como zona subdesarrollada, abierta a la receptación de cualquier tipo de productos, en este caso los metálicos, considerados obsoletos en las áreas más adelantadas de aquel ámbito económico atlántico. El difusionismo entonces acababa explicando determinadas documentaciones arqueológicas en el mismo sentido que hoy podríamos entender las áreas geográficas tercermundistas, dentro de la economía capitalista, en relación con el funcionamiento del neocolonialismo económico contemporáneo.

La hipótesis de F. de Amores pasó por alto considerar el problema desde otra perspectiva: en concreto, que el depósito de bronce amortizados quizás no venía hacia la Península, sino que salía de ella; probablemente después de recoger toda su carga a lo largo del Guadalquivir. De esta manera, los posibles clientes del cargamento podrían estar en la zona atlántica; mientras que, a nivel cronológico, dando por sentado que las fíbulas estaban en desuso y que la fecha del depósito se situaba en el siglo IX a. C., estos artefactos podrían remontarse posiblemente un siglo o dos atrás, colocándose claramente, por lo menos, en los siglos X/XI a. C. Con ello, estableceríamos un marco temporal que estaría más acorde con los elementos de juicio que posteriormente trataremos.

Frente a la mayoría de estas interpretaciones, que en algunos casos podemos considerar casi clásicas, en estos últimos años los hallazgos de nuevas fíbulas de codo, junto con novedosas lecturas de las propuestas anteriormente conocidas, además de análisis más coherentes y menos sesgados, permiten una visión más realista de lo que estos artefactos metálicos representaron —como tipos definidores— en la dinámica cultural y económica de las poblaciones indígenas peninsulares a lo largo



del Bronce Final. Lo que en un momento sólo era una apreciación tipológica, en la que la adscripción de los ejemplares a uno u otro mundo se hacía en función de una visualización personalizada e interesada de la apariencia física de los artefactos, la mayor parte de las veces desde documentaciones imprecisas o tergiversadas, ha sido sustituida por argumentos más determinantes y precisos que se apoyan en análisis de componentes metálicos, estudios de aleaciones, adscripción a contextos arqueológicos más concretos, mayor número de dataciones absolutas, mejor comprensión y definición del tipo *Huelva* en relación con otros modelos fibulares, etc. Argumentos que ofrecen bases científicas más sólidas que las tradicionalmente utilizadas en este tipo de estudios, alcanzando unas conclusiones que apuntan hacia una metalurgia claramente autóctona, sin claros débitos atlánticos o mediterráneos.

En esa línea tendríamos que situar las fíbulas del Cerro de la Mora, de las que sólo se han publicado los ejemplares del Cerro de la Miel, entre otros muchos ajenos al tipo *Huelva* que se documentaron en contextos estratigráficos fiables (Carrasco *et alii*, 1985 y 1986). Hallazgos que ilustran las evidentes pruebas aportadas por el yacimiento granadino sobre la práctica de importantes actividades metalúrgicas, y que se suman a las mostradas por el yacimiento de Peña Negra, Crevillente (Ruiz-Gálvez, 1990, p. 317 y ss.); de igual forma que a las recientemente recuperadas en la Calle San Miguel de Guadix (Carrasco *et alii*, 2002). Todo evidenciaría la importancia de estas actividades metalúrgicas indígenas del Bronce Final en la zona granadina, lo que dibuja un panorama muy distinto al descrito hasta la fecha por las tradicionales investigaciones.

Por otra parte, ya desde la tesis de doctorado de M.M. Ruiz Delgado (Ruiz Delgado, 1988) pudo comprobarse, de forma más o menos precisa, que las fíbulas de la Ría de Huelva no pertenecían en ningún caso a las del tipo de codo con puente disimétrico, sino a las que presentaban el codo relativamente centrado; ya que las reconstrucciones gráficas existentes nunca habían considerado las dimensiones exactas, que solo resultaban de la apreciación de los pies o mortajas, desaparecidos en la práctica totalidad de los ejemplares registrados. Un detalle que adquiriría gran importancia, pues permitía reconsiderar que las fíbulas de tipo *Huelva* no se correspondían —en absoluto— con los denominados modelos sículos. Desde este punto de vista, entendemos que el supuesto modelo sículo quedaría restringido en el ámbito peninsular a sus representaciones en las estelas extremeñas, al hallazgo reciente de Cerro de la Muralla en esa misma región (Esteban Ortega, 1988, p. 283 y ss., fig. VII: 7, lám. VI), junto a la dudosa reconstrucción de otro ejemplar asimilado a este tipo, realizada a partir del brazo de un puente aparecido en el conjunto broncíneo de la Ría de Huelva (Almagro Basch, 1958, E.1, 39-(38), p. 267). A los que añadiríamos las dos fíbulas que mejor se adaptan al tipo de codo descentrado: una, la de origen desconocido depositada en el SIP de Valencia (Almagro Basch, 1957, fig. 26) y, otra, la que publica G. Delibes de procedencia dudosa, aunque posiblemente de la Meseta (Delibes, 1981, fig. 1).

También, de inspiración sícula, han sido consideradas las fíbulas *ad ochio* peninsulares, entre las que contamos con las castellanas del Berrueco (Schüle 1969, Abb. 40: 1), Perales del Río (Blasco Bosqued, 1987) y Soto de Tobilla II (Cruz y Quintana, 1999, fig. 4: 8); la levantina de Mola d'Agrés (Gil-Mascarell y Peña,



1989) y las portuguesas de Casal do Meio (Spindler, 1973; Spindler *et alii*, 1973-74) y Baiões (Kalb, 1978). Esta última, de tipología incierta.

En esta estrecha perspectiva, se han asimilado con ambientes sículos otras fíbulas que tienen el codo totalmente centrado, pero no presentan molduras en sus brazos, aunque en algunos casos sí se decoran con incisiones o con técnicas de otro tipo y que sí han sido relacionadas —en ocasiones— con estas influencias de tipo italiano. Nos referimos a los hallazgos antiguos de Mansilla de Mulas (Schüle, 1969, p. 144, fig. 39, 1), Monachil (Schüle, 1969, pp. 142-144, Abb. 39b) y, más recientemente, de Cerro Alcalá (Carrasco *et alii*, 1980) y Talavera la Vieja (Jiménez y González, 1999, fig. 4: 3).

Sería preferible denominar a este grupo como tipo Monachil, pues seguiría sin estar claro el origen sículo que se ha pretendido dar a estas fíbulas (Carrasco *et alii*, 1999, p. 7). Es un conjunto más amplio, ya que en él deben incluirse una serie de ejemplares inéditos y descontextualizados, procedentes de Guadix, Alamedilla y un segundo ejemplar de Monachil, todos en Granada; junto a las extremeñas de la Muralla de Valdehuncar, Cáceres (Barroso y González, en prensa) y Talavera la Vieja (Jiménez y González, 1999, fig. 4: 3). A ellas se añadiría la serie contextualizada de Cerro de la Mora, además de los ejemplares de Peña Negra de Crevillente. En definitiva, un grupo de fíbulas que conforman un conjunto bastante homogéneo, de entidad similar o superior al que pueden tener las de tipo Huelva; pero que, del mismo modo que no podemos asegurar las relaciones estrechas de éstas con el mundo oriental, tampoco resultan *a priori* tan evidentes las de tipo Monachil con las del mundo sículo.

De la distribución de fíbulas de codo *ad occhio*, Monachil y Huelva, dentro del contexto peninsular, se pueden obtener datos significativos para establecer relaciones de origen dentro del entramado que ofrecen las secuencias culturales regionales del Bronce Final. En este aspecto debe destacarse que son mínimas y problemáticas las fíbulas de tipo Huelva recuperadas en Andalucía Occidental. Así, las del propio depósito onubense, del que seguimos sin saber realmente su procedencia originaria y cuya interpretación más común ha sido la del transporte de artefactos foráneos atlánticos o mediterráneos. No obstante, existen también otras lecturas destacables:

M^aL. Ruiz-Gálvez Priego ha ofrecido una versión más novedosa sobre el conjunto bronceo de la Ría de Huelva, en un sugerente pero discutible trabajo que justifica el carácter funerario o votivo del hallazgo (Ruiz-Gálvez Priego, 1995, p. 130), introduciendo un matiz más autoctonista para la comprensión de este tipo de fíbulas en la Península y, concretamente, en la común desembocadura de los ríos Tinto y Odiel. Para apoyar el valor funerario o votivo del depósito, la autora señala la homogeneidad y carácter selectivo de sus objetos, indicativos de un cierto *status* social, para lo que hace hincapié en la falta de elementos asociados al trabajo de fundidor. Esta propuesta permite preguntarnos, si todos los utensilios de la Ría representan una alta posición social, ¿cuáles fueron los objetos de bronce realizados en esta época que no tuvieron tal carácter de prestigio? Exceptuados los crisoles y moldes de fundición, que no se hicieron en metal, la profesora Ruiz-Gálvez debe referirse a los útiles del taller metalúrgico artesano con que se elaboraron los objetos

broncíneos de la Ría, pero olvida que son útiles de difícil recuperación, porque constituyen un instrumental muy peculiar que las comunidades primitivas con conocimientos metalúrgicos no suelen destruir o abandonar fácilmente para otros fines, sino que los transmiten de generación en generación, conservándose como patrimonio familiar de gran valor profesional y sentimental.

Si la Ría hubiese constituido una necrópolis, sí tendríamos que resolver algunas dudas trascendentales, como conocer si los objetos del depósito, fíbulas incluidas, son de origen exógeno o endógeno. Es evidente que, para la autora, fueron traídas en una serie de viajes exploratorios por visitantes de Chipre o del Mediterráneo Central, algo que habría que comprobar pero que parece bastante problemático de demostrar. Por el contrario, el que esos objetos fuesen autóctonos de la Baja Andalucía sería algo más lógico, al no tener que recurrir al siempre complejo comercio a larga distancia en momentos en que no parece muy factible, mientras el registro arqueológico no ofrezca un cambio radical respecto del que actualmente conocemos. Así, resulta muy llamativo el hecho de que desde 1923, fecha del descubrimiento del depósito de la Ría, no haya aparecido en el suroeste ni una sola fíbula de este tipo asociada a contexto arqueológico alguno, pese a que no son pocos los yacimientos con horizontes de ocupación del Bronce Final excavados en la mitad oeste andaluza.

En alguna ocasión se ha señalado como fíbula de codo un ejemplar tardío, pero de tipología diferente, recogido en el Cerro Salomón (Blanco *et alii*, 1970, núm. 107). Bibliográficamente sólo se conocen tres fíbulas de codo de procedencia dudosa, depositadas en colecciones particulares, aunque se haya concretado que Coria del Río (Storch, 1989, fig. 1-13, 1-2), El Coronil, Sevilla (Ruiz Delgado, 1988, fig. 10,1) y Valverde del Camino, Huelva (Storch, 1989, fig. 1-13, 1-1) sean sus lugares de procedencia. De ellas habría que indicar que la de Coria no responde al tipo Huelva, que la de El Coronil pudiera ser una forma espuria y tardía del grupo, mientras que sólo la de Valverde podría encajar en el tipo (Carrasco y Pachón, en prensa).

Por otra parte, la existencia en la Baja Andalucía de estelas funerarias de estilo extremeño, en las que no aparecen representaciones de fíbulas de ningún tipo, aunque se haya señalado una —forzadamente— en la localizada en Almargen, entre Málaga y Sevilla (Villaseca, 1993), estaría mostrando una evidencia de importancia: la constatación del dato arqueológico reflejado por las excavaciones de la zona, donde las secuencias del Bronce Final tampoco están ofreciendo fíbulas como las estudiadas. Una opción justificaría quizás la falta de hallazgos broncíneos con posterioridad a 1923 en el suroeste, que gran parte de sus producciones metalúrgicas a finales de la Prehistoria correspondan a las documentadas en el depósito onubense, o que todas formasen parte de un ajuar único. Pero es algo que, obviamente, no parece factible.

Los datos no apoyarían el avalar la presencia de un centro de peregrinación ritual en la Ría, menos aún una necrópolis de tipo regional o como quiera considerarse. Para ello puede bastar con las argumentaciones expuestas hasta ahora, pero también resulta problemático aceptar la propuesta que debatimos si atendemos a la diversa cronología que ofrecen los tipos fibulares de la Ría, así como los variados artilugios que componen el famoso depósito, dificultad que justificaría un dilatado



lapso temporal del supuesto centro de peregrinación hasta ocupar todo el Bronce Final, pero que resultaría impensable. Por lo tanto, siguiendo a Almagro Basch, el depósito onubense seguiría correspondiendo con el cargamento de un barco hundido en el lugar, pero con rumbo y procedencia desconocidos.

Sería además preferible —por el momento— no paradigmatizar la Ría de Huelva ni el área del suroeste, al menos en sus orígenes, tratando de convertirlos en foco irradiador de estos objetos hacia el resto de la Península. Pues cabe plantearse que el barco en cuestión pudo hundirse, de forma similar, en las costas de Almería, Málaga o Granada, o incluso que pudo partir de algún lugar del Alto Guadalquivir o de la propia Meseta, a través de ríos más navegables en la antigüedad que los mismos Odiel y Tinto. Es, por ello, circunstancial y culturalmente aleatorio el lugar del hallazgo, y toda especulación al respecto no ayuda a clarificar el origen de las fíbulas.

Los datos del suroeste, de difícil comprensión mientras el registro arqueológico no exprese resultados novedosos, chocan con los que se configuran en el ámbito del sureste peninsular, concretamente en Andalucía Oriental, donde encontramos un mapa arqueológico más dinámico y sugerente en relación con los artefactos estudiados. Los hallazgos conocidos señalan a esta región como un foco importante de la metalurgia broncea de finales de la Prehistoria, en el que determinados productos artesanos, como las fíbulas de codo tipo Huelva, están muy bien representados.

La distribución de hallazgos (fig. 1) ilustra un protagonismo que no debería explicarse sólo a partir de que el sureste peninsular (fig. 2) ofrece hoy el mayor número contrastado y fiable de recuperaciones de este tipo, sino porque ya existen sobradas muestras de actividad metalúrgica durante el Bronce Final, mayor número de contextualizaciones estratigráficas y de dataciones absolutas que en ningún otro sitio. Todo dentro de una cierta y lógica precariedad, pero que aporta datos más novedosos para la caracterización y asignación del origen de la fíbula de codo de tipo Huelva.



Figura 1. Distribución de las fíbulas de codo tipo Huelva y asociadas en el Mediterráneo. 1-30: Península Ibérica. 31: Lefkandi. 32: Kourion. 33: Amathus. 34: Larnaka. 35: Samaria. 36: Megiddo. 37: Achziv.

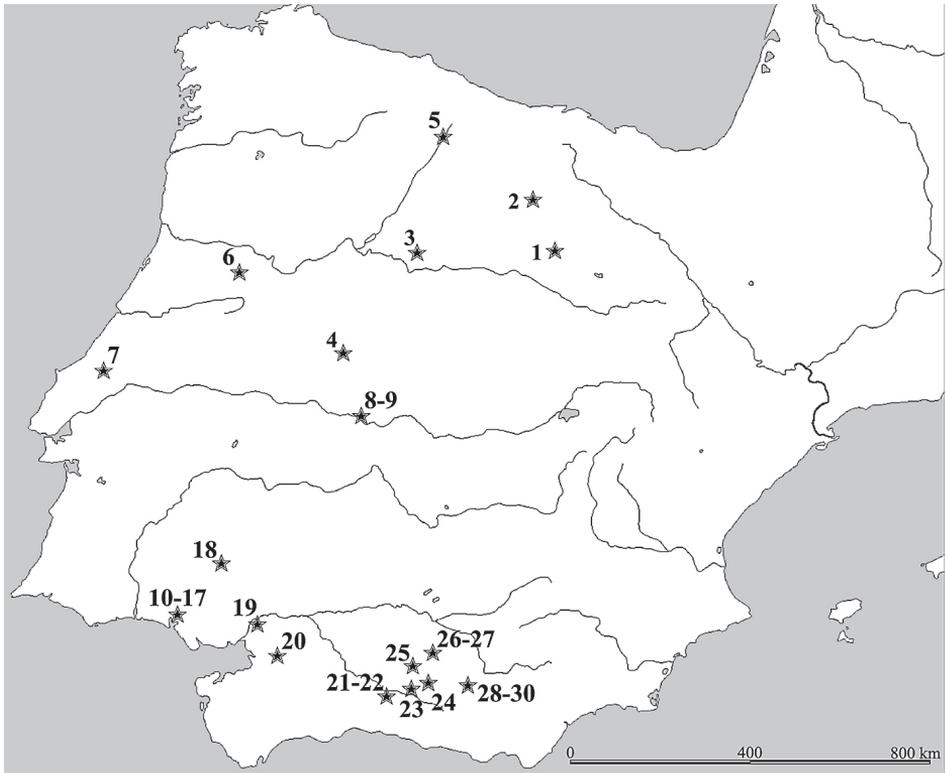


Figura 2. Fíbulas de codo tipo Huelva en la Península Ibérica. 1: Yecla de Silos (Burgos). 2: Palencia/Burgos (Museo de Barcelona). 3: San Román de la Hornija (Valladolid). 4: El Berrueco (Salamanca). 5: Sabero (León). 6: Mondim da Beira, Viséu (Portugal). 7: Alto das Bocas, Extremadura (Portugal). 8-9: Talavera la Vieja (Cáceres). 10-17: Ría de Huelva. 18: Valverde del Camino (Huelva). 19: Coria del Río (Sevilla). 20: El Coronil (Sevilla). 21-22: Cerro de la Miel (Granada). 23: Casa Nueva (Granada). 24: Pinos Puente (Granada). 25: Puerto Lope (Granada). 26-27: Montejícar (Granada). 28-30: Guadix (Granada).

Algo que trataremos de exponer sucintamente, intentando clarificar en la medida de lo posible ciertos aspectos controvertidos que se han desarrollado al no concordar las nuevas datas radiocarbónicas, ni la propia configuración de las fíbulas peninsulares, con la estructuración temporal y cultural que se les venía adscribiendo respecto de los consabidos prototipos orientales.

2. UNA APROXIMACIÓN A LOS ORÍGENES

El origen de la fíbula de tipo Huelva constituye uno de los puntos más cruciales y controvertidos para el estudio de estos artefactos, dada la complejidad

que el problema ha alcanzado en el actual panorama de la investigación. La razón de esta situación estriba, primero, en el excesivo peso que ha tenido —sin argumentos contrastados— la tradición difusionista y, segundo, en la falta de datos fidedignos para sustentar su origen en otros ámbitos mediterráneos. Este último aspecto, paradójicamente, no ha producido excesivas novedades desde los trabajos que realizara M. Almagro Basch hace ya casi cincuenta años, añadiéndose sólo algunas precisiones cronológicas en cuestiones puntuales que poco, o nada, han modificado los antiguos conocimientos sobre el tema. La necesidad de clarificar tan confusa situación obliga resolver dos cuestiones básicas e inevitables: una, ¿cuál es el verdadero origen de la fíbula de tipo Huelva?; y dos, su correlato lógico, ¿existió realmente la forma original o el prototipo de este modelo? Preguntas cuya respuesta exige confrontar la documentación que ofrece el registro arqueológico.

Parece obligado partir de las fíbulas mediterráneas que, tradicionalmente, se consideraron ancestros o prototipos de las que estudiamos, tratando de averiguar su aparente o real antigüedad respecto de las peninsulares. No interesan en este caso los modelos fibulares del Mediterráneo Central, concretamente los tipos italianos, al no haberse comprobado ninguna relación con las fíbulas ibéricas. El ligero asimetrismo que muestran los puentes de algunas fíbulas de tipo Huelva no tiene débito alguno, en ningún caso, con los ejemplares claramente disimétricos de procedencia sícula. La disimetría, en cambio, constituye una característica frecuente en fíbulas antiguas del Mediterráneo Oriental, principalmente en las chipriotas antiguas y en algún que otro modelo dudoso del Levante asiático, como se puede reconocer posiblemente en el ejemplar procedente de Samaria-Sebarte (Crowfoot *et alii*, 1957, fig. 102: 1). La decoración de los puentes en las fíbulas italianas, así como la sección de sus brazos, tampoco guardan relación, o similitud de origen, con los casos de Huelva. Es posible que los tipos italianos den lugar en ciertos momentos, se relacionen o tengan débitos, con tipos acodados peninsulares, como parece advertirse en los modelos *ad occhio*, en la fíbula descentrada del SIP de Valencia y en la procedente del castro extremeño de La Muralla, así como con las que se plasmaron en las estelas extremeñas, e incluso —lo que aún está por ver— en las simétricas de Cerro Alcalá, Monachil, Guadix, Cerro de la Mora, etc. Pero, en definitiva, no creemos que guarden ninguna relación respecto del origen y desarrollo de las fíbulas de tipo Huelva, por lo que, en la búsqueda de posibles factores causales foráneos, tendríamos que volver la mirada hacia el Mediterráneo Oriental.

Alrededor de media docena sería el número de fíbulas procedentes de ese ámbito geográfico que, de una u otra forma, han sido consideradas por la investigación prototipos arcaicos de las onubenses. Las configuraciones que de ellas conocemos se han recogido (fig. 3) para poder observar las diferentes versiones gráficas existentes en algunos ejemplares, lo que aumenta la complejidad interpretativa y de análisis que ya tienen los registros arqueológicos de procedencia. La causa primordial de este problema es que aún no ha podido normalizarse un sistema único de representación de fíbulas, lo que dificulta enormemente concretar la similitud de formas, perfiles y patrones decorativos. El problema se agudiza cuando la documentación original es deficiente, o no es de primera mano, hasta el punto de llegar hasta nosotros en versiones distorsionadas que el transcurso de los años ha restado veracidad.



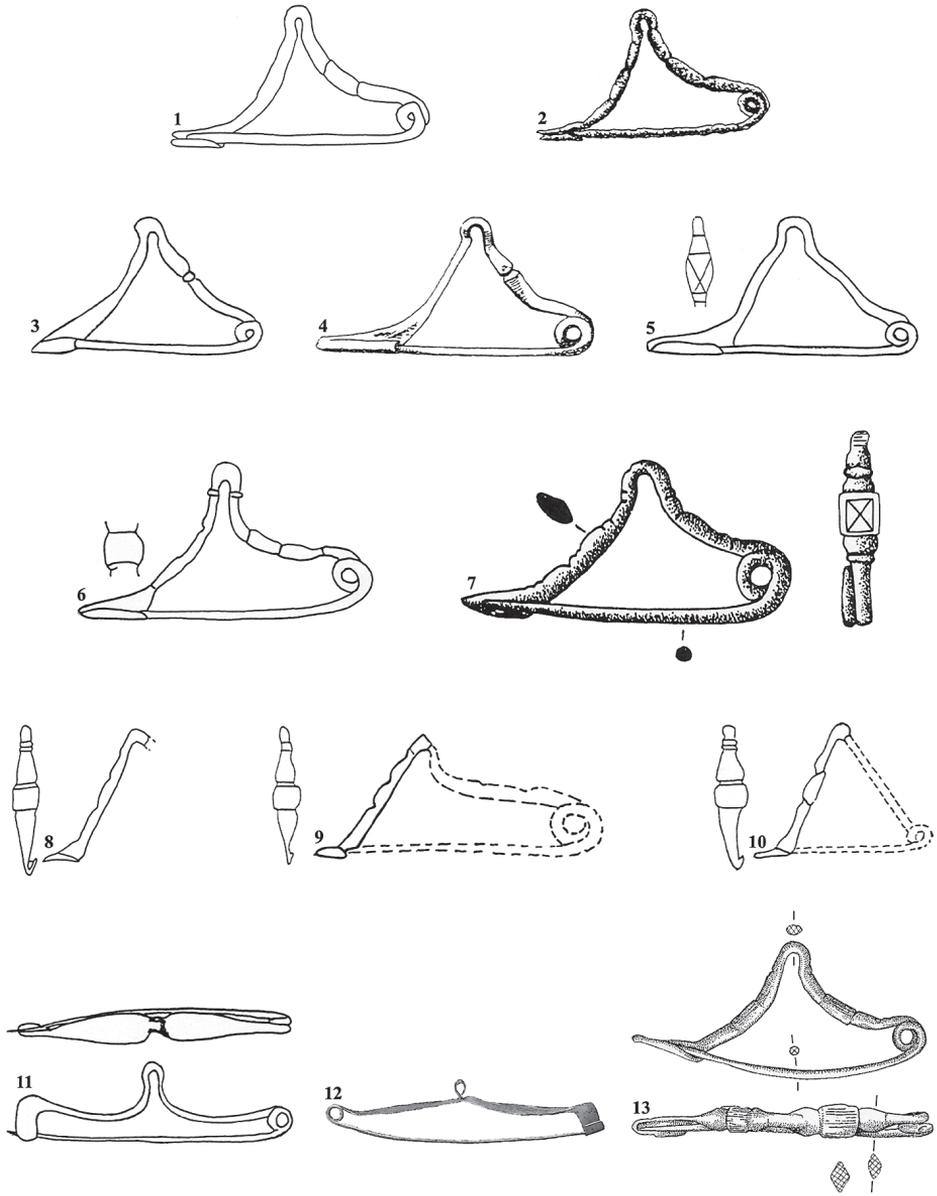


Figura 3. Fíbulas de codo tipo Huelva y asociadas del Mediterráneo Oriental. 1: Megiddo (Guzzo, 1969: fig. 1,4). 2: Megiddo (Loud, 1948). 3: Kourion (Guzzo, 1969: fig. 1). 4: Kourion (Blinkenberg, 1926: 248, fig. 298). 5: Kourion (Buchholz, 1986, fig. 9). 6: Larnaka (Buchholz, 1986: Abb. 2b). 7: Amathus (Karageorghis, 1987: fig. 193). 8: Samaria (Guzzo, 1969: fig. 1,5). 9: Samaria (Buchholz, 1986: fig. 8a). 10: Samaria (Cuniset *et alii*, 1971: fig. 4.3). 11: Lefkandi (Buchholz, 1986: fig. 8b). 12: Lefkandi (Sapouna, 1995: fig. 49). 13: Achziv (Mazar, 2004: fig. 28:1). Escalas: 1-2 y 7, 2/3. 13, 1/1. Resto, s.e.

Partamos de la fibula procedente de Megiddo (Loud, 1948) que, por lejanía geográfica, constituyó el ejemplar más exótico y paradigmático que sustentó las investigaciones difusionistas de la época y de tiempos posteriores. Su conocimiento fue referenciado de forma mimética, prácticamente, por todos los investigadores que se aproximaron al debate de los orígenes de las fíbulas de codo en el Mediterráneo y, en concreto, de las que nos ocupa. Quizás empujados por su posible cronología antigua o, más bien, por constituir el único argumento oriental, nunca mejor señalado, en que se apoyó la tradición difusionista, han sido muy pocos los investigadores (Buchholz, 1986, p. 227 y ss.; Mederos, 1996, pp. 95-115) que se preguntaron si esto podría ser cierto, en atención a la tipología y la cronología.

Sin entrar en otros detalles, el carácter de prototipo exótico adjudicado a esta fibula se justificó en una de las múltiples fechas que en su día se adjudicó al estrato VA (?) de la secuencia estratigráfica de Megiddo, donde supuestamente apareció la fibula. Pero fue una ubicación controvertida desde un principio, pues también se situó en los estratos VI, V y en el tránsito del VA/IVB. Nos referimos, por supuesto, a la más antigua de ellas, entre los siglos XII-XI a.C., fecha que fue ofertada por Schaeffer (1952, p. 86, pl. 32, fig. 19) y que ya criticó M. Almagro Basch (1957, pp. 33-35) por su excesiva antigüedad. Esto constituye un ejemplo de que estamos frente a una de las fíbulas más controvertidas en lo cronológico, por su más que dudoso contexto arqueológico. En definitiva, una problemática que ilustra el resbaladizo y complejo terreno en que suele moverse este tipo de investigaciones.

El excavador de Megiddo, en el actual yacimiento de Tell el-Mutesellim, Gordon Loud, situó la fibula en el nivel final del estrato V, fechado entre los años 1050/60-1000 a.C. (Lamon y Shipton, 1939, p. xxviii; Loud, 1948, pp. 223-278); pero desde entonces las adjudicaciones cronológicas a este estrato han variado casi tanto como el número de investigadores que se han acercado a estudiar el contexto de la excavación. Albright (1940, p. 548) lo situó entre 1050-950 a.C.; Aharoni y Amiran (1958, p. 183) fijaron el estrato en la segunda mitad del siglo X a.C.; Gjerstadt (1948, p. 421) amplió esos márgenes cronológicos y colocó Megiddo VA entre los siglos X y IX (1000-900 a.C.); mientras que Wright (1959, p. 16) también lo revisó y fijó en la segunda mitad del siglo X a.C.; J.W. y G.M. Crowfoot, y K.M. Kenyon (1957, p. 441, fig. 102/1) lo ubicaron entre el 1000 y el 850 a.C.; J. Birmingham (1963) entre fines del siglo X y principios del IX a.C.; L. Bernabó Brea (1958, p. 166) en el 1000 a.C.; P. Guzzo (1969, p. 302) en el siglo X a.C.; Shipton (1962, p. 1) fechó de un modo general, Megiddo V, en el 1060-1000 a.C.; M. Almagro Basch (1957, p. 35) lo hizo en una fecha en torno al 1000 a.C. y Schaeffer (1948, p. 177) fechaba también los estratos VI-V de Megiddo dentro de su cronología de los siglos XII-XI a.C., de donde consideraba provenía la fibula, pero al estimar una procedencia más segura del estrato VA, la situación temporal que acabó proporcionando, aunque algo incierta, fue la de 1050-1000 a.C. Últimamente, Wightman (1985, pp. 126-128) la situaría en el 965-900/890 a.C. y Kempinski (1989, p. 10) entre el 980-920 a.C. En resumen, hay una cierta coincidencia en las dataciones que se han dado para esta fibula, a grandes rasgos, desde finales del siglo XI al IX a.C. Fechas que, por su amplitud, no son indicativas en absoluto, si las parangonamos con las que debemos considerar origen de las del tipo Huelva. Por contra, sí parecen refle-



jar, en ciertos momentos, lógicos paralelismos cronológicos con los desarrollos evolutivos de estas últimas.

Centrándonos en el aspecto puramente tipológico, que constituye otro de los parámetros que hemos utilizado para definir el tipo Huelva (Carrasco y Pachón, en prensa), comprobamos que la fíbula de Megiddo tampoco correspondería estrictamente con las peninsulares a las que se ha relacionado. La documentación gráfica disponible (fig. 3: 1-2) deja mucho que desear, por lo que no sería muy correcto, a partir de ella, efectuar elucubraciones de ningún tipo. Sin embargo, sí podemos apreciar, sin riesgo de mayores equívocos, que corresponde con una forma alta, triangular, con puente de brazos totalmente moldurados a lo largo de todo su desarrollo. Los dibujos del ejemplar intentan ofrecer una configuración de perfil simétrico, pero es fácil comprobar la mayor inclinación del brazo donde se inserta el resorte, por lo que no puede descartarse un ligero asimetrismo en esta fíbula. Al parecer, la sección del puente es circular, muy diferente de las de media caña que encontramos en las primeras formas del tipo Huelva, mientras que su decoración, en sectores perfectamente delimitados en todo el perímetro de los brazos, indica otro modelo decorativo plenamente conformado y con una evolución posterior difícil de precisar.

Es indudable que la fíbula en cuestión no representa un tipo claramente definido; no hay que olvidar que, en todo el área de Palestina, sólo existen aproximadamente seis ejemplares de tipologías y cronologías muy diferentes entre sí que corresponderían respectivamente a las de Megiddo VA, Samaria-Sebaste, una fíbula chipriota muy evolucionada, dos ejemplares chipriotas, también muy tardíos, del tipo V-X de Buchholz, procedentes de Gezer y Akko, depositadas en el Museo Otomano de Estambul y en la Universidad de Haifa (Buchholz, 1986, p. 127), además de un último ejemplar procedente de Achziv que luego analizaremos. Se trataría, pues, de un escaso registro, en el que el único ejemplar de Megiddo VA no es suficiente para definir por sí mismo el tipo, en contraposición con los múltiples ejemplares españoles que sí lo hacen. Esta fíbula asiática no deja de ser un caso paradójico dentro del contexto mediterráneo, en el que se desarrollan de forma paralela multitud de tipos, posiblemente derivados de un trasfondo común de fíbulas más antiguas, que estarían inspiradas, posiblemente, en algunos modelos micénicos. Por ello, la fíbula de Megiddo no puede considerarse, tipológica ni cronológicamente, un referente válido para los orígenes del tipo Huelva.

Posteriormente, Buchholz también ha reflejado este hecho, al considerar dudosas las fechas tradicionales que se han atribuido a la fíbula de Megiddo (Buchholz, 1986, pp. 227-228). Del mismo modo, A. Mederos (1996, p. 101) ha criticado la supuesta antigüedad de esta fíbula en relación con las peninsulares de tipo Huelva. Sólo, como anécdota, podemos decir que esta fíbula oriental guarda cierta similitud en su configuración con un ejemplar del yacimiento portugués de Abrigo Grande das Bocas (Carreira, 1994, pp. 47-144). La fíbula portuguesa puede incluirse dentro del gran grupo de las de Huelva, pero con una cronología moderna, a juzgar por su análisis compositivo de alto porcentaje de estaño y por su posible asociación a un contexto arqueológico tardío.

En cuanto a la fíbula chipriota de Kourion, depositada en el Metropolitan Museum de Nueva York y catalogada en este centro con el núm. 74.51.552



(C.B.306), fue recogida en un principio por los clásicos repertorios bibliográficos de Cesnola (1903, Taf. 63,9), J.L. Myres (1914, 485, núm. 4741), G. Richter (1915, p. 312, núm. 931) y Chr. Blinkenberg (1926, fig. 298); estudiada más tarde y referenciada, entre otros, por M. Almagro Basch (1957, fig. 21 y 1966, fig. 70,3), J. Birmingham (1963, p. 100, fig. 10a), P. Guzzo (1969, fig. 1), Cunisset, Mohen y Nicolardot (1971, p. 606, fig. 4,2) y siendo revisada aún más recientemente por H. G. Buchholz (1986, p. 229, Abb. 2,a).

Se trata de un ejemplar que no tiene contexto arqueológico conocido y, por tanto, no puede aportar una cronología fiable, aunque se le ha atribuido una gran antigüedad en el siglo XII a.C., que nos parece extremadamente especulativa. De ella presentamos tres dibujos (fig. 3: 3-5), curiosamente diferentes entre sí; el núm. 4, que coincide con la representación más clásica en la bibliografía, lo conocemos por Chr. Blinkenberg, que debió recogerlo posiblemente de los repertorios de Cesnola y Myres, retomado posteriormente por M. Almagro Basch y otros. Corresponde formalmente al tipo Blinkenberg XIII, núm. 14a (Blinkenberg, 1926, p. 248, fig. 298).

M. Almagro la describió de la siguiente forma (Almagro Basch, 1957, p. 31):

Ofrece un arco en codo, con uno de sus lados algo más largo y decorado con una ranura o estrangulamiento que es un precedente claro de la decoración que vemos en las fíbulas de Huelva. [...] este tipo de fíbulas de Kourion es el precedente y origen directo de la fíbula de Huelva.

Por su parte, P. Guzzo señala su diseño de arco en forma de triángulo isósceles, pero su dibujo (fig 3: 3) incluye en la ranura, o estrangulamiento que se aprecia en la representación de Almagro, un motivo de perla (Guzzo, 1969, p. 302). En su reciente trabajo sobre las fíbulas chipriotas, Buchholz vuelve a documentar de nuevo la fíbula (fig. 3: 5) y, aunque su perfil no es muy diferente en relación a la forma dada por Blinkenberg, sí introduce un nuevo matiz decorativo (Buchholz, 1986, fig. 9. Tipo 1). Indica el investigador alemán que el brazo anterior de esta fíbula ha sido aplanado por martilleo, dando una superficie ovalada de 0,8 cm de anchura, siendo adornada con grabados incisos débilmente reconocibles: varias líneas horizontales y un aspa o cruz entre ellas, coincidiendo con la máxima anchura de la faja central. Por otra parte, añade que el adorno plástico representado en el brazo posterior, que como hemos visto ha sido documentado por diferentes investigadores, no es sino el resalte de una rotura pegada.

Estas diferencias descriptivas, achacables a las múltiples versiones gráficas antiguas, no proporcionan argumentos valorables para situar esta fíbula en el origen de las ibéricas, no siendo tampoco claro su desarrollo posterior. No obstante, la documentación aportada por H.G. Buchholz de esta última fíbula ofrece ciertos matices que, por contra, posibilitan su posible relación con el tipo Huelva. En primer lugar, es la única fíbula de todo el Mediterráneo que presenta el puente con sus brazos moldurados a partir de finas líneas incisas, delimitándose una amplia faja central que coincide con la parte más ancha de su contorno elíptico u ovalado. Desde este punto de vista, las fajas están solamente delimitadas y, por supuesto, no sobresalen del contorno del brazo, circunstancia que, dentro del ámbito extra-pe-



ninsular, es de lo más similar que conocemos en referencia a algunos modelos antiguos de la serie Huelva.

En el proceso seguido para delimitar los estadios evolutivos de las fíbulas onubenses, gracias a estos leves intentos de molduración de los brazos que se observa en el puente de la fíbula de Kourion, puede comprobarse una fase inicial con las que podrían entroncar o paralelizar algunas de las formas más antiguas. De confirmarse esa cronología del siglo XII a.C., la fíbula chipriota podría haber constituido un modelo a considerar en relación con las de Huelva. Los matices diferenciadores se centrarían, básicamente, en su amplio codo muy abierto, el perfil en triángulo isósceles, junto a la disposición de la aguja totalmente plana. Las dimensiones de la fíbula de Kourion, con 7 cm de longitud, entran dentro de los parámetros de las formas antiguas granadinas. La aguja del ejemplar del Cerro de la Miel también es bastante plana y, por otra parte, la fíbula chipriota tiene el brazo posterior más engrosado, lo que da un ligero asimetrismo muy del estilo de los ejemplares granadinos. No pensamos con esto que la fíbula de Kourion sea un referente totalmente válido, sencillamente apreciamos ciertas analogías básicas que indicarían un tipo de similitudes a tener en cuenta. Pero la manifiesta falta de cronología de la fíbula chipriota obliga a ver con recelo estas concomitancias, porque es posible que cronológicamente sea más reciente que nuestros modelos antiguos, lo que exige mantener cierta cautela.

De hecho, el cuadro evolutivo que sobre el desarrollo de las fíbulas chipriotas realizara H. G. Buchholz (1986, fig. 9) muestra la fíbula de Kourion en el origen de su serie, como tipo I. Algo correcto, si atendemos a su evidente antigüedad estructural respecto de las fíbulas que le siguen; pero una detenida observación de su desarrollo tipológico ofrece un escalón muy brusco en relación con el tipo II siguiente, caracterizado ahora por una fíbula procedente de Larnaka, que también reproducimos (fig. 3: 6) porque constituye para Buchholz el prototipo de las onubenses. En este ejemplar de Larnaka destacan avances tipológicos frente a la de Kourion, lo que permite pensar en una evolución indirecta de ella, a través de la existencia de formas intermedias. Proceso que en lo cronológico también se manifiesta, pues un total de cuatro tipos de fíbulas no pueden ocupar un espacio temporal tan amplio de quinientos años (1200-700 a.C.).

H.G. Buchholz, tomando como referencia la única fíbula completa de la Ría —la de paradero desconocido o desaparecida según M^{al}L. Ruiz-Gálvez (1995, p. 227)—, dice que no hay duda de que las fíbulas tipo Huelva no proceden de Chipre y que fueron producidas fuera del espacio del Mediterráneo Oriental. Sin embargo, indica, a continuación, que reproducen con sorprendente precisión características de su tipo chipriota II: ya que muestran la misma asimetría, la aguja recta, elementos ornamentales rectangulares degenerados o mal entendidos en las fíbulas españolas, topes en la base del codo para envoltura de alambre, etc. Partiendo de todo ello, manifiesta que las fíbulas ibéricas de tipo Huelva no descienden de la forma chipriota I (Kourion), sino de la variante II (Larnaka), más evolucionada; lo que se produciría en una fecha inconcreta, pero anterior a su desarrollo hacia las variantes chipriotas IV-XIII (Buchholz, 1986, p. 243).

Estas precisiones podrían ser tomadas en cierta consideración, siempre que la fíbula tipo Huelva, relacionada con su tipo II, fuese la mencionada de la Ría. Pero

esto no puede hacerse extensible a los tipos antiguos granadinos, que este investigador no menciona y que, consecuentemente, no analiza. Partiendo de las características técnicas y decorativas que Buchholz considera para establecer la secuencia evolutiva de las fíbula chipriotas, que en cierta forma coinciden de modo casual con nuestros parámetros, es evidente que nunca se podría hacer evolucionar nuestras formas antiguas desde su tipo II, ni siquiera que las evolucionadas del tipo Huelva puedan prefigurarse a partir de él. Podríamos indicar algunas diferencias manifiestas como las fajas decorativas plenamente conformadas en los brazos del tipo II chipriota, que anuncian claramente, como refleja su tipo III, el engrosamiento de las fajas centrales rectangulares hacia la configuración de las «dobles hachas»; la delimitación individualizada de estos engrosamientos en el perfil de los brazos del puente y la existencia de los topes en la base del codo para enrollar alambres, entre otras. Características que indican un estadio evolutivo más avanzado en este tipo, no sólo respecto de los modelos antiguos granadinos el tipo Huelva, sino de sus formas más evolucionadas.

Desde este punto de vista, siempre que de forma segura pudiésemos establecer relaciones formales entre los tipos chipriotas y los ibéricos, la única fíbula que cabría considerar con cautela, en la línea de las de Huelva, sería la de Kourion o tipo I de Buchholz. Aunque no sabemos si en un estadio anterior o posterior a aquéllas, considerando con que se pudiese confirmar también su cronología antigua —pues no olvidemos que se trata de un hallazgo aislado sin ningún apoyo específico de datación externa—, siendo el resto de las chipriotas conocidas formas más evolucionadas y de tipología diferente a las peninsulares.

Un reciente hallazgo, también de origen chipriota, puede ayudar a esclarecer algunos aspectos estructurales y cronológicos en relación con el caso de Kourion. Se trata de la fíbula localizada entre los ajuares de la tumba 523, una de las más ricas de la necrópolis de Amathonte, Amathus (Karageorghis, 1987, p. 719, 723, fig. 193); aunque el problema de esta tumba es su reutilización a lo largo del tiempo, presentando objetos cerámicos, metálicos y de otro tipo, fechados desde el Chiprogeométrico I (1050-950 a.C.) al Chiproarcaico I (750-600 a.C.). En su ajuar, junto a la fíbula, destaca la presencia de un asador articulado que, por su carácter posiblemente exógeno en el contexto de la tumba, ha concentrado el interés de las investigaciones realizadas en los últimos años sobre su contenido. Existen opiniones contrastadas en torno a su cronología y procedencia original (Karageorghis, 1987, fig. 187; Karageorghis y Lo Schiavo, 1989, p. 16; Coffyn y H. Sion, 1993, p. 287; Burgess, 1991, p. 40; Coffyn, 1985, p. 55; Almagro Gorbea 1974, pp. 380, 384; Lo Schiavo 1991, p. 216; Delibes *et alii*, 1992-3, pp. 417-434; Mederos, 1996, pp. 103-104), pero que aportan una datación general entre los siglos IX-X a.C. Sin embargo, la presencia de la fíbula de codo en este conjunto funerario sólo ha sido resaltada por A. Mederos, que la sitúa entre las de tipo Huelva, llegada a Chipre desde la Península junto con el asador, en el marco de las relaciones precoloniales (Mederos, 1996, p. 111).

La fíbula presenta características estructurales controvertidas que, en nuestra opinión, derivan de una deficiente representación gráfica; única referencia que, *a priori*, consideramos dudosa; de igual forma que sucede con la de Kourion, Megiddo y Samaria. De mayores dimensiones que la de Kourion, sus 8,2 cm de longitud la



aproximan más a los prototipos granadinos: su configuración triangular es menos alta que la de Kourion, pero por encima de las del tipo I de las de Huelva (Carrasco y Pachón, en prensa). Sin embargo, su perfil se aproxima extraordinariamente a otras más evolucionadas de este tipo peninsular, como por ejemplo la procedente de la Meseta en el Museo de Barcelona. Pero este perfil tan sorprendente no se adapta al desarrollo decorativo de los brazos del puente que plantea Karageorghis (fig. 3: 7), en las que se realzan las fajas decorativas en relación con las incisiones que presenta el perfil, de igual forma que el desarrollo de la faja central tampoco se adecua, ni está bien precisado. De todas formas, su configuración general, si exceptuamos pequeños detalles como su sección de tipo lenticular y su particular decoración en aspa de la faja central, podríamos decir que estamos ante una forma evolucionada del tipo Huelva, que podría encajar cronológicamente a lo largo de los siglos X-IX a.C., como el grueso de las peninsulares de este tipo, y en relación con la fecha del asador articulado que se le asocia.

Respecto de la decoración con motivos en aspa de las fajas centrales, tiene su paralelo más inmediato en la de Kourion, según la versión reciente de Buchholz (fig. 3: 5), y esto, en cierta forma, adquiere un valor contrastado, al ponerse en parangón dos fíbulas consideradas antiguas, con evidentes semejanzas en una misma geografía; algo que hasta la fecha no se había documentado y que es muy importante para la configuración del tipo, pues todas estas fíbulas han tenido, tradicionalmente en estos entornos orientales —sea Chipre o Próximo Oriente—, un carácter de aislamiento hasta sus posteriores desarrollos.

No creemos que esta fíbula proceda de la Península y, menos aún, que por cronología y tipología constituyese un precedente inmediato de las del tipo Huelva; aunque sí puede estar muy relacionada, en todos los aspectos, con la de Kourion, configurando con mayores argumentos el tipo I de Buchholz. Como curiosidad, hemos de señalar que motivos con aspás, decorando puentes de fíbulas, como observamos en los dos ejemplares chipriotas antiguos, se documenta en la Península sólo en la fíbula tardía de Nossa Senhora da Cola (Da Ponte, 1986, fig. 79, 1), que no responde estrictamente a las de tipo Huelva.

De Próximo Oriente, también recogemos otra fíbula, que en alguna ocasión ha sido referenciada como prototipo. Es el ejemplar recogido en Samaria-Sebaste, en su nivel III correlacionable con Megiddo III, del que existe una datación calibrada del 810-790 a.C. (Crowfoot *et alii*, 1957, p. 442, fig. 102: 1). Ha sido reproducida bajo tres formas distintas (fig. 3: 8-10), según las propias referencias de origen: P. Guzzo (núm. 8) representó sólo el brazo anterior, sin ningún tipo de reconstrucción (Guzzo, 1969, fig. 1/5); Buchholz (n.º 9) realizó una reconstrucción que adopta un perfil totalmente disimétrico (Buchholz, 1986, fig. 8a) y, por su parte, Cuniset, Mohen y Nicolardot (núm. 10) la reconstruyen con un perfil triangular totalmente simétrico (Cuniset *et alii*, 1971, fig. 4, 3). Es decir, no hay unanimidad para reconstruir su forma original, aunque, por contra, sí para representar su proyección frontal. La fíbula muestra un brazo totalmente moldurado, en la que su faja central rectangular aparece bastante desarrollada y delimitada por profundas escotaduras; mientras la base del codo presenta dos anillos, o collarines, que se explican como ya se ha dicho para enrollar hilos.



Para Buchholz, este ejemplar responde a su variante tipo II, considerada una importación chipriota en Palestina. No hace falta insistir en el hecho de que la fíbula, tipológicamente, es más desarrollada que las antiguas del tipo Huelva, como indicábamos al considerar la fíbula de Larnaka, del mismo tipo II. Pero su interés científico reside en la procedencia de un contexto arqueológico que resulta conocido (principios del horizonte III del Período Israelítico), fechado en el curso del siglo IX a.C., es decir, posterior al estrato VA de Megiddo. Esta cronología externa, segura para las fíbulas antiguas palestinas, responde a una forma evidentemente más desarrollada que las peninsulares de codo tipo Huelva, lo que concuerda también con una cronología más reciente que las peninsulares, por lo que bajo ningún concepto puede constituir una referencia en cuanto a sus orígenes.

Aún más recientemente se ha recuperado otro ejemplar en Oriente, que quizá represente la fíbula del tipo que estudiamos más claro y asociable con alguna de las familias ibéricas del tipo Huelva. Pertenece al ajuar de una tumba fenicia familiar del cementerio norte de Achziv (Israel), por lo que se trata de un espacio mortuario de amplio uso entre los siglos X al VI a.C. No obstante, su excavador Eilat Mazar sitúa la fíbula en el período inicial de ocupación de la cámara funeraria (Mazar, 2004, fig. 28: 1), en la denominada fase 1 que transita entre el siglo X y los inicios del IX a.C. Las fechas son bastante asumibles, dado el ingente contenido cerámico que se asociaba a este primer horizonte funerario y en el que destacaban por su importancia cronológica un buen número de pequeños frascos de peregrino (*pilgrim flasks*) y un conjunto de armas y herramientas de hierro. El particular de esta fíbula, que también reproducimos (fig. 3: 13), es quizá su pequeño tamaño, de poco más de 3 cm de longitud, si se compara con los ejemplares arcaicos de la Península Ibérica, así como el muy ligero desarrollo de las fajas engrosadas de su puente. Además, ofrece en esas fajas una sencilla decoración incisa de líneas paralelas en el sentido del eje principal de la propia fíbula, tal como se conoce en otros ejemplares ibéricos de la Meseta y de la Ría de Huelva. No obstante, las dimensiones y el contenido ensanche de las fajas encajaría en una posición avanzada de nuestro desarrollo tipológico, por lo que la datación aportada por la excavación de referencia sería un apoyo de indudable valor para nuestros planteamientos, aunque no tanto para el origen del tipo fibular.

Estaríamos pues ante otro ejemplar contextualizado dentro de un hallazgo cerrado, que sitúa alguna de las fíbulas del grupo Huelva en territorio levantino oriental, cobrando así nuevos bríos la posibilidad de los contactos precoloniales entre los dos extremos del Mediterráneo. En este sentido, no parece haber una relación directa con el hallazgo ya citado de Amathonte, dadas las particularidades de configuración de una y otra fíbulas, aunque sí pueden plantearse con los ejemplares peninsulares. Por un lado, al tratarse el hallazgo de Achziv de una fíbula completa, ha permitido una representación gráfica correcta en la que puede comprobarse el perfil del objeto en su totalidad, así como la situación del codo en una posición claramente centrada y equilibrada, como hemos venido defendiendo desde hace tiempo para el grupo Huelva, a pesar de lo fragmentario de la muestra analizada. Por otra parte, la configuración de la aguja, evidentemente combada, se aleja también de los casos arcaicos peninsulares donde la constante son las disposi-



ciones rectas con un perfil horizontal. Estos datos, junto al escaso desarrollo de los ensanchamientos en el puente, la asemejan a los casos meseteños, donde confluyen dimensiones reducidas, brazos poco engrosados, agujas curvas y en ocasiones decoraciones lineales y longitudinales incisas. Es decir, en principio y desde una óptica formal, el hallazgo levantino tendría suficientes similitudes con fíbulas que en el ámbito hispano ocuparían una posición evolucionada respecto de los ejemplares más primitivos que aquí se conocen.

Esto no contradice la situación cronológica del hallazgo, que puede encajar en las pautas de desarrollo y en la taxonomía tipológica que venimos proponiendo, aunque faltaría comprobar en el caso de Achziv si la aleación de su fíbula podría paralelizarse con los ejemplares ibéricos evolucionados que se le parangonan. Por desgracia, al no conocerse ningún análisis compositivo de la fíbula israelita, sólo podemos conjeturar en este sentido y conformarnos con otros elementos de juicio.

La segura situación cronológica de comienzos del primer milenio a.C., a caballo del siglo X y principios del IX a.C., configura en Oriente un ámbito cultural y económico propio de las actividades comerciales del mundo fenicio, dotando a sus protagonistas de un papel social de gran trascendencia que explicaría la existencia de tumbas como la de la fíbula. El contenido ajuárico de la misma es un reflejo palmario de los intercambios que las familias comerciantes fenicias desarrollaban en el ámbito territorial de sus negocios de compra-venta. La tumba recoge en su primera fase elementos no sólo fenicios, sino también egipcios y otros de más amplia caracterización, pero propios del Mediterráneo Oriental en la fachada palestina y en las islas de su entorno. Por eso, la presencia de la fíbula tipo Huelva, que es un ejemplar único —de momento— en el yacimiento, representa la posibilidad de volver a plantear en fechas tan tempranas el comercio a larga distancia con Occidente, el intercambio de bienes y la materialización de relaciones estables que acabarán haciendo posible la futura colonización fenicia del mediodía peninsular hispano.

Esta interpretación se justifica con tres argumentos fundamentales: uno, la excepcionalidad del hallazgo en el área de Levante Próximo que, pese a tratarse de un elemento metálico corriente, aparece en una tumba como objeto aislado y sin el carácter cotidiano de otras fíbulas locales que la multiplican en número. Algo que sólo puede ponerse en relación con el interés de los objetos de intercambio, cuya importancia se ha destacado en los contactos iniciales previos a la materialización de relaciones coloniales como la fenicia (Aubet, 1994, p. 179 y ss.); dos, la propia excepcionalidad que comporta la no existencia de fíbulas como ésta en el Egeo, ni en el mundo chipriota, muestra inequívoca del papel preponderante de Fenicia en las relaciones con el extremo occidental mediterráneo en fechas tan antiguas, sustituyendo el anterior protagonismo micénico (Mederos, 1999) y en el que cualquier actividad comercial dependió sólo de los fenicios, a cuyo concurso cabría explicar el trasiego de cualquier producto, ya fuese propio o ajeno. En este ambiente, la existencia de la fíbula, la más cercana al tipo Huelva precisamente en la madre patria fenicia, corroboraría el papel jugado por ambos extremos del Mediterráneo en la preparación de las condiciones necesarias para la ingente colonización que poco después se produciría en la Península Ibérica, tanto en la parte española (Schubart, 1995), como en la portuguesa (Arruda, 2002).



Por último, hemos dejado conscientemente para el final, otra fíbula que la bibliografía ha relacionado con las del tipo Huelva, pero que quizás sea la más alejada del grupo. Se trata de un ejemplar griego que formaba parte del ajuar de la tumba núm. 38 de la necrópolis de Toumba y que, junto con la de Skoubri, conformarían el gran conjunto de Lefkandi, Euboia, recogido por Buchholz en su trabajo, fechándola en el Sub-Protogeométrico II (Buchholz, 1986, p. 230). Según Sapouna, el conjunto de los ajuares de esta tumba corresponde al Protogeométrico (Sapouna, 1995, p. 69), con elementos de importación fenicios y egipcios y otros de producción local, entre los que destaca otra fíbula de bronce de tipo beocio, lo que evidenciaría una reutilización de la sepultura y una cronología imprecisa.

El ejemplar que nos interesa responde a un tipo único, no sólo en la zona del Egeo, sino a escala mundial, realizado, por lo demás, completamente en oro y recientemente revisado en el Museo de Eretria (vitrina 5, núm. 8.690). Hemos podido comprobar algunos errores en la interpretación que de esta fíbula daba Buchholz (fig. 3: 11), lo que ha permitido su modificación, precisando que no es un codo lo que separa los brazos del puente, sino más bien una voluta cerrada (fig. 3: 12).

Su configuración es plana, con un puente de brazos ensanchados, curvados, lisos y una aguja recta. De este ejemplar interesa destacar, al margen de su posible antigüedad, una cierta similitud con la granadina del Cerro de la Miel. Su perfil es muy plano, mientras en el puente los brazos son igualmente curvados y de sección oblonga o elíptica, con cierta semejanza a nuestras piezas, así como su aguja recta. Sin embargo, un matiz diferenciador de la fíbula griega sería la falta de decoración en sus brazos, así como la presencia de una mortaja más corta, de tipología diferente, junto a la inexistencia del codo como tal. Es posible que este ejemplar tenga en origen alguna similitud con nuestras fíbulas más antiguas, pero por su condición de ejemplar único desconocemos su desarrollo posterior y su entronque antiguo, siendo bastante factible que proceda en último caso de alguna forma antigua griega. Buchholz la sitúa, por sus características técnicas, en el entorno de su tipo I, pero sin atreverse a incorporarla dentro de su esquema chipriota.

A nuestro entender también sería más reciente que las de tipo Huelva, aunque la destaquemos no sólo por las afinidades descritas, sino por su elaboración en oro que, al igual que los motivos áureos que decoran las fajas centrales de la fíbula granadina de Casa Nueva (Carrasco y Pachón, 2001, fig. 2: 1 y 2004, fig. 2: 10), constituyen los únicos testimonios que conocemos del empleo de este metal en la elaboración y decoración de fíbulas de este tipo en el Mediterráneo. Además se produce una coincidencia ciertamente interesante entre la fíbula griega y la granadina, ya que ambas, aparte del empleo en su elaboración de metales preciosos, presentan el pie de mortaja y resorte a derechas, pese a que Buchholz en su dibujo también la muestra frontalmente como si el resorte se desarrollara a la izquierda (fig. 3: 11). Esa particularidad diferenciadora no sabemos si está relacionada con el uso en algún tipo especial de tejido o si, por el contrario, refleja alguna diferenciación social, o de otro tipo, de los individuos que las portaron. En este último sentido, recuérdese la costumbre todavía vigente de la diferente orientación de botones y ojales en las prendas masculinas y femeninas.

En resumen, hemos intentado entroncar los tipos Huelva antiguos, especialmente con ejemplares del Mediterráneo Oriental, excluyendo otros modelos de



relaciones en orden a sus orígenes. Los datos con los que se ha contado, como acaba de exponerse, son escasos y difusos y, en cierta manera, más descontextualizados que los que ofrecen las fíbulas ibéricas, por lo que los débitos de éstas con aquéllas son de alguna forma cuestionables, si es que existieron. Pese a todo, son indudables ciertas convergencias tipológicas, pero los orígenes son inciertos y solamente la fíbula de Kourion pudiera ser tenida en cuenta en este sentido, de igual forma que la de Lefkandi, más que nada por su configuración relativamente similar con algún ejemplar antiguo granadino y por su mejor contextualización arqueológica. En cambio, otros ejemplares, como el de Achziv, sólo serían indicativos de algún tipo de contacto más tardío y posterior al momento de los orígenes.

Con el actual registro arqueológico, presentado por este tipo de fíbulas, no nos atreveríamos a situar en Oriente el origen de las fíbulas tipo *Huelva*, lo que incluye la solución chipriota del problema. Si exceptuamos la de Kourion, considerada antigua por su tradición bibliográfica, a falta de mejores argumentos, no conocemos entre los demás ejemplares chipriotas (más de sesenta) ni uno solo que, en orden a características técnicas y decorativas —como Buchholz y nosotros mismos hemos tenido en cuenta para la elaboración de los tipos—, pueda considerarse más arcaico que las formas antiguas ibéricas. En general, los tipos chipriotas responden a formas muy evolucionadas técnica y tipológicamente, acordes con cronologías tardías, por lo que nuestros tipos I y II (Carrasco y Pachón, en prensa) se situarían, dentro del esquema de Buchholz, por encima de sus variantes II y III, mientras que la posibilidad del origen común en el tipo I podría tenerse en cuenta quizás en un futuro, pero actualmente no.

Tampoco pensamos, como en su momento hiciera J. Birmingham, que el origen de las fíbulas de tipo chipro-levantino se localice definitivamente en el Oeste Mediterráneo (Birmingham, 1963, p. 102), sino que siguen faltando argumentos concluyentes para aceptarlo. Desde nuestra posición no vamos a inclinarnos por un orientalismo, aunque tampoco por un occidentalismo extremo, porque, como dijimos en un principio, a este rompecabezas todavía le faltan demasiadas piezas como para considerarlo totalmente recompuesto.

Resulta, pues, evidente que el panorama que ofrecen las fíbulas orientales es bastante desolador, aun a sabiendas de que sólo se han analizado aquellas que podían aportar algún tipo de datos a lo que estamos estudiando. En Palestina, seis ejemplares en su mayor parte descontextualizados y, en general, evolucionados; excepción hecha del procedente de Megiddo VA, que ofrece fechas calibradas del 950 a.C. posterior a las dataciones que tenemos para las antiguas del tipo *Huelva*, lo mismo que el de Achziv, quizá de un momento anterior, en torno a principios del siglo IX o en parte del siglo X a.C. En Chipre, dos ejemplares considerados antiguos, aunque con pocas garantías y, por contra, un gran conjunto de fíbulas evolucionadas. Desde este punto de vista, si consideramos en bloque las fíbulas tipo *Huelva* y las chipro-levantinas y pretendiéramos darles un origen común, la única manifestación indudable es que desde la Península se están aportando los datos cronológicos y tipológicos más relevantes que existen, de momento, para su sistematización y origen.

Sin embargo, en el problema del origen de la fíbula tipo *Huelva*, ¿por qué se ha seguido considerando al Egeo y Próximo Oriente como ámbitos de su génesis?



Puede aceptarse que la tradición difusionista y la falta de estudios críticos posteriores hayan colaborado decisivamente en la configuración de este paradigma oriental, para el que los trabajos de Almagro Basch, realizados a mediados del siglo pasado sobre el depósito de la Ría de Huelva, tuvieron un papel determinante. Así, las investigaciones efectuadas con posterioridad en la Península, en relación con las fíbulas de codo, fueron explicaciones más o menos deudoras de las suyas, con puntuales modernizaciones de caracterización cronológica absoluta, junto a sus posteriores etapas de calibraciones y «recalibraciones».

Solo queremos destacar, en lo que estamos tratando, un reciente trabajo de A. Mederos (1996), ciertamente original y en línea con la investigación que hemos desarrollado en los últimos años (Carrasco y Pachón, en preparación). En él encontramos algunas apreciaciones coincidentes, aunque también hay otras con las que divergimos parcial o totalmente; especialmente nos referimos a opiniones asumibles, pero en las que observamos una insuficiente contrastación, pese a la extensa información que el autor recoge en su trabajo. Son cuestiones que analizaremos con brevedad, dentro de las limitadas conclusiones generales que podemos obtener del estado actual de nuestros conocimientos.

3. CONCLUSIONES

En relación con lo que se conocía hace diez lustros, los últimos años han ampliado espectacularmente el mapa de hallazgos de fíbulas de codo tipo *Huelva* en la Península. Nuestros estudios han contribuido a definir su tipología y a esbozar parcialmente su desarrollo y evolución, delimitando claramente su morfología. Al mismo tiempo, este *corpus* fibular ha sido analizado desde diferentes parámetros como la composición de sus metales, sus contextos arqueológicos, las dataciones absolutas, las decoraciones de los puentes, etc. Es decir, aspectos —algunos muy novedosos— que perseguían el objetivo de realzar la singularidad de estos artefactos en la Península Ibérica, así como marcar unas pautas interpretativas en relación con los contextos arqueológicos del Bronce Final a los que parecían asociarse, distanciándose de la dependencia de viejas servidumbres orientales, u otras más o menos espurias, pero siempre poco contrastadas. Ya se ha dicho que no se trata de una defensa singularmente autóctona, sino que los datos que hoy ofrece el registro arqueológico en la Península Ibérica son más fiables y concluyentes que los propios del Mediterráneo Oriental, por lo que sólo aceptamos una posición coherente con la documentación existente, pero siendo conscientes de que la situación podría cambiar de signo en cuanto el ámbito mediterráneo levantino aportase datos más concluyentes.

Transcurridos muchos años desde la irrupción de los primeros prototipos orientales, la escasez de aportaciones producidas desde entonces ha ido detrayéndoles valor referencial en la comprensión tipológica y cronológica del origen oriental de las fíbulas de tipo Huelva. Como señala A. Mederos, no existen argumentos para presuponer una procedencia oriental, aunque sí puede presumirse un posible origen occidental; pero, pese a su afirmación de que estas fíbulas constituyan un tipo



fabricado en la Península Ibérica (Mederos, 1996, p. 101), apreciamos un cierto equívoco cuando en su argumentación contrastamos los datos utilizados y los reflejados en su trabajo (Mederos, 1996, p. 117, tabla 3). Así, señala que las fíbulas de tipo Huelva tienen una distribución concentrada en dos regiones, la Meseta Norte, a ambos márgenes del Valle Alto y Medio del Duero, y Andalucía Oriental; lo que aunque exacto no cuadra con los datos con que intenta sustentarlo. Por ejemplo, en Andalucía Oriental señala un total de diez ejemplares distribuidos de la siguiente forma: dos del Cerro de la Miel, seis del Cerro de la Mora, uno del Cerro de la Encina y otro del Cerro de los Infantes; un reparto que no concuerda con la realidad.

En el Cerro de la Miel /Cerro de la Mora sólo existe un ejemplar claro de tipo Huelva y, posiblemente, la aguja de otro; el resto de hallazgos, procedentes en su totalidad de La Mora —como se indicó más arriba—, es de codo pero de tipología diferente. El ejemplar descontextualizado de Cerro de la Encina de Monachil (Schüle, 1969, p. 143-144, Abb. 39b) tampoco es de tipo Huelva, aunque sí lo es el de Cerro de los Infantes (Mendoza *et alii*, 1981, p. 191, Abb.121). Esto supone que la afirmación de Mederos se basa en dos únicas fíbulas del tipo sobre el que argumenta, lo que no parece suficiente para justificar una de las dos áreas de distribución peninsular. También extraña que Andalucía Occidental, con el hallazgo masivo (nueve ejemplares) de este tipo de fíbulas en la Ría de Huelva, no haya sido considerada como área geográfica de especial concentración, a no ser que opine, como nosotros, que esas fíbulas constituyesen parte de un cargamento amortizado procedente de otros ámbitos andaluces. Particularmente nos inclinamos hacia una procedencia andaluza, pero del sector oriental, siendo paradójico que, después de la aparición del ingente hallazgo de la Ría hace casi cien años, no haya habido posteriores descubrimientos fibulares en este mismo ámbito. Una ausencia que no puede justificarse por falta de proyectos, excavaciones o prospecciones.

Salvo esta pequeña matización, estamos de acuerdo con A. Mederos en el fondo de la cuestión, pero admitiendo la actual distribución espacial de estas fíbulas con especial preponderancia del ámbito granadino dentro de Andalucía Oriental; todo, gracias a la variada muestra aportada por nosotros mismos en los últimos años y que constituye la mayor contribución realizada para su conocimiento. Aunque siendo objetivos, también han existido nuevos descubrimientos en el resto de la Península: en la Meseta, el ejemplar de Sabero; en la región extremeña, los casos de Talavera la Vieja (Jiménez y González, 1999, fig. 4: 1-2), y en Portugal, el hallazgo de Abrigo Grande das Bocas (Carreira, 1994, lám. XXXIII, 1). Es decir, un mapa de distribución lógicamente más amplio, aunque Andalucía Oriental y Meseta sigan ofreciendo lo más representativo de la muestra para la comprensión de sus orígenes y desarrollos evolutivos.

A. Mederos significa las fíbulas de Cerro de la Miel y Requejada como ejemplares paradigmáticos, en relación con el posible origen del tipo Huelva, apoyándose básicamente en las dataciones absolutas antiguas que ofrecieron, aunque sin profundizar en los contextos arqueológicos en que aparecieron y sin atender a su tipología interna. Sobre la fíbula de Cerro de la Miel, indica, basándose en nuestra publicación original, que está elaborada con dos piezas remachadas, entre la articu-



lación de la aguja y el resorte con el brazo posterior del puente. Bien es verdad que dicha fíbula se constituye con la unión de dos piezas, pero quizás no estén remachadas, como en su momento dimos a entender, sino unidas en caliente a modo de rústica soldadura. Proceso que, aunque complejo, sólo necesitó de 350° a 450° para su realización y que puede entenderse dentro de la fuerte tradición metalúrgica argárica del Sureste, en la que hubieron de beber las poblaciones del Bronce Final como receptoras inmediatas, sin que tal elaboración representara ningún obstáculo insalvable. Detallamos este último aspecto porque el empleo del remache para unir elementos del mismo metal nos llevaría, posiblemente, a un estadio metalúrgico más avanzado que el que representan los artefactos que tratamos, dando un aire de modernidad que no nos parece correcto.

En otro sentido, A. Mederos afirma que la decoración de la fíbula de Cerro de la Miel se aproxima particularmente a la fíbula de La Requejada (Delibes, 1978, p. 236, fig. 7/36), en contraposición con las procedentes de Huelva, que parecen elaboradas en una sola pieza (Mederos, 1996, p. 101). Es evidente que todas las fíbulas del tipo Huelva, guardan ciertas similitudes, pero también manifiestas diferencias que acentúan sus variedades estilísticas y, probablemente, cronológicas; algo bastante claro en los dos ejemplares que consideramos, pero a nuestro entender hay más similitudes entre el ejemplar meseteño y las de la Ría que entre aquél y la de Cerro de la Miel. La fíbula de La Requejada también se fundió en una sola pieza como las de la Ría, tiene una similar decoración incisa en las fajas centrales de los brazos del puente y unas dimensiones parecidas, de menor tamaño que la granadina. Además, la fíbula meseteña se dibujó inclinada hacia el brazo izquierdo, donde estuvo la mortaja ya desaparecida y una aguja con un quebrazón que cambia su inflexión, haciéndose más recta de lo que originariamente debió ser, más curva y similar a otras avanzadas de tipo Huelva, como hemos planteado para la fíbula de Achziv. La falta de mortaja en este ejemplar, junto a la inclinación excesiva del lado anterior, dan una impresión de acusada disimetría, impropia de las de su tipo. Basta confrontarla con el total equilibrio de la fíbula completa de Achziv, o la de Palencia/Burgos, localizada en el Museo Arqueológico de Barcelona y procedente de la colección Chicote (Almagro Basch, 1940, fig. 60: 2; 1957, p. 39, fig. 27: 1 y 1966, p. 186, fig. 75: 3), que Mederos confunde con la chipriota de Larnaka, traída a la Península por Almagro Basch (Mederos, 1996, tabla 3).

Estas cuestiones pretenden señalar que las afinidades estilísticas que han querido verse entre las fíbulas de La Requejada y Cerro de la Miel no existen, siendo impropio sustentar argumentos conjuntos de antigüedad entre ellas. Esa antigüedad, por el contrario, debe restringirse al caso granadino, en función de la fundición en molde abierto, su configuración relativamente plana, la aguja horizontal, la ausencia de decoración incisa en los brazos del puente, su gran tamaño, etc., características que deben corresponder con prototipos arcaicos. Pero, además, obviando otros parámetros definitorios, los análisis de la aleación con que se fundió la fíbula vallisoletana indican porcentajes de estaño superiores al 12% (12.64%), que la incluirían en nuestro Grupo B (Carrasco *et alii*, 1999), junto al grueso de las fíbulas evolucionadas de la Ría. Todo nos llevaría a afirmar que la cronología de esta fíbula es posterior a la de Cerro de la Miel, estando más en relación con aquellas de



la Ría, es decir, en torno a los siglos X/IX a.C., tal como ha venido a confirmar recientemente el hallazgo cerrado de Achziv.

En síntesis, consideramos que las fíbulas de codo de tipo Huelva presentan autonomía y originalidad frente a sus pretendidos prototipos orientales, arrojando una cronología de origen similar o anteriores a ellos. La fecha más antigua con que contamos podría situarse, según las referencias proporcionadas por la secuencia de Cerro de la Mora/Cerro de la Miel, entre finales del siglo XII a un momento indeterminado del XI a.C. A partir de esta cronología antigua, y sobre la base de las consabidas tradiciones difusionistas, no existen argumentos firmes para entroncar las fíbulas de la Península con otras similares del Mediterráneo Central y Oriental. Posiblemente, todas ellas surgieran de un trasfondo común dentro del ámbito mediterráneo, aunque es algo que desconocemos y que, sólo por antigüedad, nos llevaría a otras más arcaicas de Grecia continental, aunque su transición tipológica hacia las de tipo Huelva nos parece de momento, según el registro arqueológico conocido, inviable.

Parece incuestionable que estamos ante un tipo de fibula de gran personalidad que se origina y desarrolla en la Península entre un momento del siglo XII y que alcanzará, en sus últimas derivaciones, los principios del VIII a.C. Pero seguimos sin conocer, de forma nítida, precedentes o prototipos inmediatos cronológicos o tipológicos en otros ámbitos mediterráneos, por lo que debe aceptarse una suficiente autonomía frente a lo oriental. Del mismo modo, el ámbito de dispersión es bastante restringido, casi exclusivo del interior de la Península Ibérica y, dentro de ella, localizada en áreas muy concretas. Por ello no debieran atribuirse al tipo Huelva ejemplares como los de Megiddo VA, Kourion o Amathus (Mederos 1996, p. 111), pese a las relaciones o intercambios comerciales que puedan constatarse a partir del s. XI a.C. entre el eje Filisteo-Chipriota y la Península Ibérica. En este sentido, las concomitancias tipológicas que se han precisado entre estas fíbulas peninsulares no serían tales, o al menos no alcanzarían un espacio tan íntimo como han podido creer algunos autores. Quizás la excepción venga materializada por la fibula de codo de Achziv, pero representando un ambiente posterior ya en el siglo X a.C., como mucho, en un momento en que la fibula de tipo Huelva estaba plenamente conformada en Occidente y hacía, prácticamente, dos siglos que llevaba existiendo y evolucionando. En este caso, además, ya habría que hablar de circunstancias políticas, económicas y culturales diferentes, propias del ámbito fenicio.

La existencia de un intercambio antiguo de objetos —ya fuesen dones o elementos comerciales— entre los finisterres mediterráneos, como el representado por la fibula de Achziv, no supone aceptar que las fíbulas más características del Mediterráneo Oriental fuesen de origen peninsular, pues tal aserto llevaría a planteamientos más o menos simplistas y de difícil asunción. Así, p.e., ¿qué se exportó, el objeto elaborado o la idea del artefacto?, cuestión que si se considera en un contexto de intercambios de lujo, tendríamos que admitir que las fíbulas orientales tendrían los mismos patrones y morfología que las peninsulares y hemos comprobado que no es así, en fechas tan antiguas. Si, por el contrario, se exportó la idea original del artefacto, tampoco parecería aceptable, porque hay tradiciones fibulares más antiguas y elaboradas en otros lugares del Mediterráneo que, espacialmente, serían más próximas al área oriental.



Quizás fuese más correcto comprender la aparición precoz de este tipo de fíbulas en la geografía mediterránea, con sus diversas morfologías, en relación con el desarrollo de una industria textil consolidada y al amparo de una producción de telas que hizo necesario el uso masivo y diferenciado de estos artilugios en diferentes lugares. De igual forma, se advierte en torno a esta efervescencia textil, y en conjugación con las primeras fíbulas, una multitud de botones metálicos como se constata en las estratigrafías de Cerro de la Mora, desconocidos hasta entonces, algo impensable en tiempos anteriores donde el hueso, el marfil y la madera tendrían esa necesaria funcionalidad. Es probable que los primeros contactos del mundo fenicio en Occidente, en el que las transacciones comerciales textiles bajo el manto del monopolio de la industria de la púrpura debieron ser fundamentales, conllevaran no sólo el trasiego de telas, sino también el de complementos textiles como las fíbulas. Esto explicaría la presencia de fíbulas singulares en territorio fenicio —caso de Achziv—, posiblemente como elemento de estudio necesario para la preparación de telas negociables al gusto de los consumidores más exigentes o más recalcitrantes. Esto supondría la adecuación del producto del fabricante no ya sólo en cuanto al color, sino a la textura apropiada para climas lejanos, en los que la fíbula debió ser un elemento adecuado y perfeccionado para la calidad y calibre de las diferentes manufacturas que se tejieron. Los fenicios contribuyeron, sin duda, profunda y decididamente a la especialización y cualificación del uso de prendas de vestir en Occidente, pero las grandes transformaciones de este sector productivo sabemos que se habían iniciado en la Península en momentos de pleno Bronce Final, previos a la colonización, generando junto al cambio de los botones la aparición de las primeras fíbulas. Los fenicios, en la precolonización, alcanzaron a intervenir en un fenómeno donde la tardía fíbula de tipo Huelva de Achziv probaría su interés por este problema, aunque a partir de un momento avanzado del proceso, cuando ya el modelo fibular del que hablamos se había conformado plenamente en la Península Ibérica.

Por lo tanto, polemizar sobre una primacía oriental u occidental en el origen de estas fíbulas resulta innecesario, menos aún para sustentar con ello influencias, comercios u otras consideraciones entre ámbitos del Mediterráneo oriental y la Península Ibérica o a la inversa. Ahora nos parecen más de tipo local, sin débitos exógenos aparentes, ante la constancia de la inexistencia de talleres productores de estas fíbulas en otros lugares más o menos lejanos y no consideramos que, dada la funcionalidad de estos útiles, su tecnología fuese objeto de comercio entre las élites de los pueblos mediterráneos, ni que haya de buscar un origen único para ellas. Si nos parece evidente que ejemplares como los de Lefkandi (Euboia) y Casa Nueva (Granada) pudieron haber sido objeto de un comercio de prestigio entre élites locales de especial relevancia, pero el resto de las fíbulas estudiadas de tipo Huelva no constituirían artefactos que cumplieren esa función en un supuesto o real comercio antiguo transmediterráneo, ni que significasen objetos de lujo intercambiables. En último término, la fíbula de Achziv, de confirmarse su raigambre hispana, no debería separarse de su particular exclusividad relacionada con los singulares procesos precoloniales, pero en un momento alejado de sus orígenes fibulares; al menos, mientras los registros arqueológicos del Mediterráneo Oriental sigan siendo tan parcos en hallazgos de fíbulas como las aquí analizadas.



BIBLIOGRAFÍA

- AHARONI, Y. y AMIRAN, R. (1958): «A new Scheme for the Sub-Division of the Iron Age in Palestine». *IEJ*, 8, pp. 171-184.
- ALBRIGHT, W.F. (1940): «Review of Megiddo I. Season of 1925-34, Strata I-V by R.S. Lamon and G.M. Shipton». *American Journal of Archaeology*, 44, pp. 546-550.
- ALMAGRO BASCH, M. (1940a): «El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa», *Ampurias*, 2, pp. 85-143.
- (1940b): «La cronología de las fibulas de codo». *Saitabi*, III, pp. 1-5.
- (1957): «La fibula de codo de la Ría de Huelva. Su origen y cronología». *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma*, IX, Roma, pp. 7-46.
- (1957-58): «A propósito de la fecha de las fibulas de Huelva». *Ampurias*, XIX, pp. 198-207.
- (1958): *Depósito de la Ría de Huelva*. Inventaria Arqueológica. España, 1-4: E.1. Madrid.
- (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular*. BPH, VIII, Madrid.
- (1975): «Depósito de bronce de la Ría de Huelva». *Huelva, Prehistoria y Antigüedad*. Madrid, pp. 213-220.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1974): «Los asadores de bronce del Suroeste peninsular». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 77, pp. 351-395.
- AMORES CARREDANO, F. (1985): *Ensayo de periodización del Bronce Reciente en Andalucía occidental*. Tesis Doctoral inédita. Sevilla.
- ARRUDA, A.M. (2002): *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a. C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 5-6. Barcelona.
- AUBET, M^aE. (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Edición ampliada y puesta al día. Crítica/Arqueología, Barcelona.
- BARROSO, R.M. y GONZÁLEZ, A. (en prensa): «Datos para la definición del Bronce Final en la zona suroccidental de la Meseta. Los yacimientos de la comarca del Campo Arañuelo (Cáceres)». *II Encuentros de Arqueología de Molina de Aragón* (2001).
- BERNABÓ BREA, L. (1958): *Alt-Sizilien. Kulturelle Entwicklung v.d. griech. Kolonisation (Übers. aus d. Engl.)*. Köln.
- BIRMINGHAM, J. (1963): «The Development of the fibula in Cyprus and the Levant». *Palestine Exploration Quaterley*, 95, pp. 80-112.
- BLANCO, A., LUZÓN, J.M. y RUIZ, D. (1970): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva)*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 4. Sevilla.



- BLASCO BOSQUED, M^aC. (1987): «Un ejemplar de fibula de codo 'ad occhio' en el Valle del Manzanares». *BAEAA*, 23, pp. 18-28.
- BLINKENBERG, C. (1926): *Fibules Grecques et Orientales*, Copenhagen.
- BUCHHOLZ, H.G. (1986): «Ein kyprischer Fibeltypus und seine auswärtige Verbreitung». *Cyprus Between the Orient and the Occident. Acts of the Internacional Archaeological Symposium*. Nicosía, 8-14 sept. (1985). Nicosía, pp. 223-245.
- BURGESS, C. (1991): «The East and the West: Mediterranean influence in the Atlantic World in the Later Bronze Age, c. 1500-700 B.C.». En C. Chevillot y A. Coffyn (eds.): *L'Age du Bronze Atlantique*. Association des Musées du Sarladais. Beynac-et-Cazenac, pp. 25-45.
- BURGESS, C. y COOMBS, D. (eds.) (1977): *Bronze Age hoards. Some finds old and news*. BAR. British International Series, 67. Oxford.
- CARRASCO, J. y PACHÓN, J.A. (1998a): «La fibula de codo tipo Huelva procedente de la comarca de Puerto Lope/Íllora (Granada)». *Tomás Quesada Quesada*. Homenaje. Facultad de Filosofía y Letras. Univ.de Granada: 877-896.
- (1998b): «Fíbulas de codo tipo Huelva de Montejicar, Granada». *Florentia Iliberritana*, 9, pp. 423-444.
- (2001): «Fibula de codo tipo Huelva en el entorno norte de la Vega de Granada». *Spal*, 10, pp. 235-248.
- (2002): «Fíbulas de codo en las altiplanicies granadinas: dos nuevos hallazgos en la comarca de Guadix», *Tabona*, 11, pp. 169-188.
- (2004): «Fíbulas de codo de tipo Huelva en la Provincia de Granada». *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 16, pp. 13-69.
- (En prensa): «La fibula de codo tipo Huelva. Una aproximación a su tipología». *Complutum*.
- (En preparación): *Las fíbulas de codo tipo Huelva*. Monografías de Arte y Arqueología. Universidad de Granada.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J.A.; ADROHER, A. y LÓPEZ, A. (2002): «Taller metalúrgico de fines del bronce en Guadix (Granada): contribución a la contextualización de las fíbulas de codo tipo Huelva en Andalucía Oriental». *Florentia Iliberritana*, 13, pp. 357-385.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J.A. y ESQUIVEL, J.A. (2005): «Nuevos datos para el estudio metalúrgico de la fibula de codo tipo Huelva». *Homenaje J. Smolka Cláres*. Universidad de Granada, pp. 21-39.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J.A.; ESQUIVEL, J.A. y ARANDA, G. (1999): «Clasificación secuencial tecnotipológica de las fíbulas de codo de la Península Ibérica». *Complutum*, 10, pp. 123-142.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J.A.; LARA, I. (1980): «Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá, Torres (Jaén)». *CPUGr*, 5, pp. 221-36.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J.A.; PASTOR, M. (1985): «Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fibula de codo del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada)». *CPUGr*, 10, pp. 265-333.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J.A.; PASTOR, M. y GÁMIZ, J. (1987): *La espada de lengua de carpa del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona) y su contexto arqueológico. Nuevas aportaciones para el conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sudeste peninsular*. Moraleda de Zafayona.
- CARREIRA, J.R. (1994): «A Pré-História recente do Abrigo Grande das Bocas (Río Mayor)». *TAEAM*, 2. Lisboa, pp. 147-144.



- CESNOLA, L.P. (1903): *A descriptive Atlas of the Cesnola Collection of Cypriot antiquities in the Metropolitan Museum of Art, New York*. Metropolitan Museum of Art. Boston and New York: Atlas III.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Picard, Paris.
- COFFYN, A. y SION, H. (1993): «Les relations Atlantique-méditerranéennes. Éléments pour une révision chronologique du Bronze final atlantique». *Méditerranée*, 2, pp. 285-310.
- CUNISSET-CARNOT, P.; MOHEN, J.P.; NICOLARDOT, J.P. (1971): «Une fibule ‘chypriote’ trouvée en Côte d’Or». *BSPF, Études et Travaux*, fasc.2. Paris, pp. 602-609.
- CROWFOOT, J.W.; CROWFOOT, G.M.; KENYON, K.M. (1957): *Samaria-Sebaste. The objects from Samaria. Reports of the Work of the Joint Expedition in 1931-1933 and of the British Expedition in 1935*. Palestine Exploration Fund. London.
- CRUZ SÁNCHEZ, P.J. y QUINTANA LÓPEZ, J. (1999): «Reflexiones sobre la metalurgia de Baiões-Venat en el interior de la submeseta norte y su relación con los contextos del tránsito del bronce al hierro». *II Cong. Arq. Peninsular. Primer Milenio y Metodología*. Univ. de Alcalá de Henares y Fundación Rei Afonso Henriques. Madrid, pp. 161-170.
- DA PONTE, S. (1986a): «Valor residual de seis fíbula da região de Beja-dimensão arqueológica e significado-cultural». *Arquivo de Beja*, III, 2ª série, pp. 75-87.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1978): «Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid)». *TP*, 35, pp. 225-250.
- (1981): «Una interesante fibula del Bronce Final del Cerro del Berrueco (Salamanca)». *Revista de Guimaraes*, XCI, pp. 173-181.
- DELIBES, G., FERNÁNDEZ, J. y CELIS, J. (1992-3): «Nuevos ‘ganchos de carne’ protohistóricos de la Península Ibérica». *Tabona*, VIII (II), pp. 417-434.
- DUVAL, A., ELUÈRE, CH. y MOHEN, J.-P. (1974): «Les fibules antérieures au VI^e siècle avant notre ère, trouvées en France». *Gallia*, pp. 341-61.
- ESTEBAN ORTEGA, J. (1988): «El yacimiento protohistórico de ‘el Cerro de la Muralla’ (Alcántara, Cáceres): Hallazgos metálicos». *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, I. Santiago de Compostela, pp. 265-294.
- GIL-MASCARELL, M. y PEÑA, J.L. (1989): «La fibula ‘ad occhio’ del yacimiento de la Mola D’Agrés». *Saguntum*, 22, pp. 129-44.
- GJERSTADT, E. (1948): *Swedish Cyprus Expedition, Cypro-Archaic and Cypro-Classical Periods* IV, 2. Estocolmo.
- GUZZO, P.G. (1969): «Consideración sulle fibule del ripostiglio dal Ría de Huelva». *Rivista di Scienze Preistoriche*, XXIV-2, pp. 299-309.
- HENCKEN, H. (1956): «The Fibulae of Huelva». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 22, pp. 213-215.
- JIMÉNEZ, J. y GONZÁLEZ, A. (1999): «Referencias culturales en la definición del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro de la Cuenca del Tajo: el yacimiento de Talavera la Vieja, Cáceres». *II Cong. Arq. Peninsular. Primer Milenio y Metodología*. Univ. de Alcalá de Henares y Fundación Rei Afonso Henriques. Madrid, pp. 181-190.
- KALB, Ph. (1978): «Senhora da Guia, Baiões. Die Ausgrabung 1977 auf einer hohen-siedlung der Atlantischen Bronzezeit in Portugal». *MM*, 19. Heidelberg, pp. 112-138.
- KARAGEORGHIS, V. (1987): «Chronique des fouilles et découvertes archéologiques à Chypre en 1986». *Bulletin de Correspondance Hellénique*, 111, pp. 663-733.



- KARAGEORGHIS, V. y LO SCHIAVO, F. (1989): «A West Mediterranean Obelos from Amathus». *Rivista di Studi Fenici*, 17/1, pp. 15-29.
- KEMPINSKI, A. (1989): *Megiddo. A City-State and Royal Centre in North Israel*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 40. Verlag C.H. Beck. München.
- LAMON, R.S. y SHIPTON, G.M. (1939): *Megiddo 1: Seasons of 1925-34, Strata 1-v*. Oriental Institute Publications, 42. The University of Chicago Press. Chicago.
- LO SCHIAVO, F. (1991): «La Sardaigne et ses Relations avec le Bronze Final Atlantique». En C.Chevillor y A. Coffyn (eds.): *L'Age du Bronze Atlantique*. Association des Musées du Sarladais. Bynac-et-Cazenac, pp. 213-226.
- LOUD, G. (1948): *Megiddo, II. Season, 1935-1939*. Oriental Institute Publications, 62. University of Chicago Press. Chicago, pp. 223-278.
- MAZAR, E. (2004): *The Phoenician Family Tomb n.1 at the Cemetery of Achziv (10th-6th Centuries BCE)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 10. Barcelona.
- MEDEROS, A. (1996): «La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo Oriental durante el Bronce Final (1150-950 AC)». *TP*, 53 (2), pp. 95-115.
- (1999): «Ex Occidente Lux. El comercio micénico en el Mediterráneo central y occidental (1625-100 a.C.)». *Complutum*, 10, pp. 229-266.
- MYRES, J.L. (1914): *Handbook of the Cesnola Collection of Antiquities from Cyprus*. Metropolitan Museum of Art. New York.
- RICHTER, G.M.A. (1915): *Greek, Etruscan and Roman Bronzes*. Metropolitan Museum. New York.
- RUIZ DELGADO, M.M. (1988): *Fibulas protohistóricas en el sur de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral (inérita). Universidad de Sevilla.
- (1989): *Fibulas protohistóricas en el sur de la Península Ibérica*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 112. Sevilla.
- RUIZ DELGADO, M.M.; RESPALDIZA, M.A., BARRANCO, F. (1991): «Análisis elemental de bronce arqueológicos por XRF y PIXE». *Deya Internacional Conference of Prehistory*, BAR International Series, 573. Oxford, pp.139-163.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M^aL. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Tesis Doctorales de la Universidad Complutense, 139. Madrid.
- (1990): «La metalurgia de Peña Negra 1», en A. González Prats: *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Alicante, pp. 317-357.
- (Ed.) (1995a): *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum, extra, 5. Madrid.
- (1995b): «El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro». En ídem. (1995a), pp. 129-155.
- SAPOUNA, E. (1995): *Eretria. Site and Museum*. Ministry of Culture. Atenas.
- SCHAEFFER, C.F.A. (1948): *Stratigraphie Comparée et Chronologie de l'Asie Occidentale*. University Press. Oxford.
- (1952): *Enkomi - Alasia I*. París.
- SHIPTON, G.M. (1962): *Guide to Meggido*. London.



- SCHUBART, H. (1995): «Péninsule Ibérique», en V. Krings, (ed.): *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*. Handbuch der Orientalistik. Erste Abteilung. Der Nahe und Mittlere Osten. E.J. Brill. Leiden, New York, Köln, pp. 743-761.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel. Mediterrane und Eurasische Elemente in Frühisenzeitlichen Kulturen Südwesteuropas*. Madrider Forschungen, 3. Walter de Gruyter. Berlin.
- SPINDLER, K. (1973): «Der spätbronzezeitliche Kuppelbau von der Roça do Casal do Meio in PortugaL». *MM*, 14, pp. 60-108.
- SPINDLER, K.; DE CASTELLO, A.; ZBYSZEWSKI, G., DA VEIGA FERREIRA, O. (1973-74): «Le monument à coupole de l'âge du Bronze Final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz)». *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, LVII. Lisboa, pp. 91-154.
- WIGHTMAN, G.J. (1985): «Megiddo VIA-III: Associated Structures and Chronology», *Levant*, 17, pp. 117-129.
- WRIGHT, G.E. (1959): «Israelite Samaria and Iron Age Chronology», *BASOR*, 155, p. 16 y ss.

